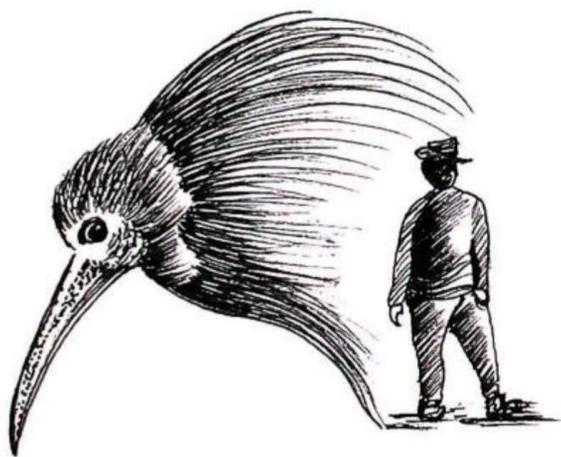


que componen este libro parten de la convicción de que la (re) reconstrucción de lo público en Colombia implica una transformación de nuestra manera de relacionarnos, en lo público, con nuestro pasado, presente y porvenir. Implica en otros términos una manera de ‘temporalizarnos’ y de ‘historializarnos’ a través de nuevas políticas del pasado, del presente y del porvenir. [pág. 9]

Para alcanzar su propósito, Gómez Muller nos coloca en varios puntos de perspectiva: a) la memoria de las víctimas de violaciones graves de los derechos humanos (memoria que puede ser excluida o distorsionada en los discursos oficiales, por ejemplo); b) el lenguaje público que puede servir a una política de pacificación, es decir a la solución militar del ‘conflicto’, o, por el contrario, a la reconciliación y a la inclusión por la vía de la imaginación política y la política misma; c) la relegitimación del espacio público a partir de transformaciones profundas en la cultura política.



Como historiador, estoy con Ricoeur et ál. y no con White en el asunto de las relaciones de la narración y el pasado (págs. 22 y siguientes). Relación que, más específicamente se funda en el nexo de archivo y narración. La ausencia de archivo nos ha privado de no disponer de una historia básica de *La Violencia* y tener, en cambio, abundante sociología. Al respecto, llamo la atención sobre el contraste de los archivos colombianos y los de Brasil, Argentina y Chile, o México, donde, la democracia

ha permitido, de manera gradual, el acceso a los archivos secretos del orden público.

Reitero que historiar el orden público con base en documentos oficiales en el crucial periodo de *la Violencia* es prácticamente imposible, toda vez que a comienzos de 1967 un grupo de altos funcionarios del Ministerio de Gobierno resolvió, aparentemente motu proprio, incinerar “79 sacos que contienen el archivo de los años de 1949 a 1958 con correspondencia ordinaria”. La jefe de Archivo y Correspondencia del Ministerio solicitó “retirar dichos sacos que solo contienen un archivo muerto. En esta oficina es imposible conservarlos. No hay espacio y el aspecto que presenta la oficina es horrible y el ambiente de olor insostenible”<sup>1</sup>. Los pocos documentos salvados de la pira dejan ver la extraordinaria importancia histórica de la documentación incinerada y, entre las tareas menores que ya no pueden acometerse está la reconstrucción de la trayectoria del formato de los reportes de la Policía al ministro de Gobierno. Ese acto “administrativo” cercenó, de una vez por todas, una parte sustancial de la “memoria” de los familiares de las víctimas y de la historia colombiana. Que estos hechos no llamen la atención de mis colegas profesionales, es algo que muestra la atonía moral del país y las dificultades en el camino de reconstruir el debate público, el lenguaje y los métodos políticos.

La trayectoria de la “comisión de verdad” colombiana podría verse a la luz del tercer ensayo, “Políticas de verdad y ‘reconciliación’”, sencillamente para tener un punto de vista comparativo con procesos similares, pero también por las consideraciones generales del autor en relación con la verdad para la víctima: “verdad desnuda” y “verdad sentido” que, según el contexto inmediato, fundan la impunidad, la justicia (o perdón) o la reparación, todos estos términos entrecomillados. La Ley de Justicia y Paz, que es el contexto inmediato, como en la muñeca rusa de madera (*matrioshka*) está

contenida en las fuerzas políticas que dan mayoría en el Congreso, en colaboración o no con el poder ejecutivo que maneja en forma discrecional (conforme a la Constitución) los asuntos de guerra y paz, (es decir, los Acuerdos de Santafé de Ralito) y, con el poder judicial que debe aplicarla “en derecho”, tema complicado porque está contenido en el Tratado de Extradición con los Estados Unidos.

Este último párrafo es un ejemplo de las reflexiones a que puede dar lugar este libro controversial, denso, claro y valeroso.

MARCO PALACIOS

1. Ministerio de Gobierno, Acta núm. 1 del Comité de Archivo y Correspondencia, Bogotá, 1967. El doctor Mauricio Tovar del AGN me suministró amablemente copia.

## Últimos “trancos” del hereje y ortodoxo Germán Espinosa

### Herejías y ortodoxias

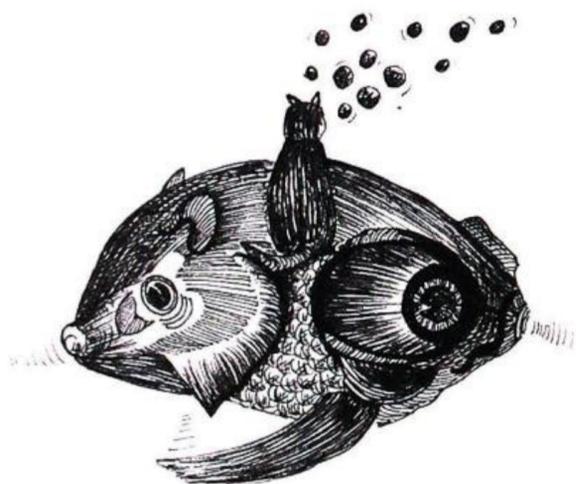
*Germán Espinosa*

Taurus, Bogotá, Colección

Pensamiento, 2008, 214 págs.

En verdad podemos leer este último libro de Germán Espinosa (Cartagena de Indias, 1938-Bogotá, 2007) —publicado póstumamente— como suerte de memorias y también de diario intelectual, en cualquiera de los casos signado por el avance ya incontenible de la enfermedad que lo acompañaría, tanto en lo temático como en el tono. Un interesante —y en este sentido encomiable— ensayo de estoicismo a ultranza. Esta, de hecho, es una primera clave en lo filosófico para entender y articular el título del libro, el ejercicio de un pensador estoico ante la muerte, y que, en tanto estoico, trata de mantener su independencia, su voluntariosa soberanía intelectual frente a

cualquier corriente, moda o creencia codificada o tradicional. De allí la autoconsideración de “hereje”, que en el fondo Espinosa siempre reclamó para sí, y también la declaración de su derecho a coincidir con la tradición, con el pasado, con el sentido común y con la fe (de allí, diríamos, entonces también, su final percepción sobre la ortodoxia). Pero también, en cualquiera de los casos —y éste quisiera que fuese mi apodíctico, inicial y final, homenaje a su memoria—, la memoria y el diario de un irreductible animal literario que vivió desde su niñez, como fiel devoto, para la literatura, por ella y con ella. La literatura —en amplio sentido, como debe ser— fue para Espinosa un modo de vida, una visión de mundo y —en este libro doloroso y amargo es donde más se confirma— un verdadero sustituto de la religión, cuando no una religión en sí misma.



El libro está dividido en tres “trancos”, pero no sería fácil hallar una explicación estructural a tal división. Habría que añadir que antes del “Primer tranco” aparece una “Introducción”, escrita, firmada y fechada por Germán Espinosa, en que se declara, siendo mayo de 2007, que aún no ha empezado a escribir estas “reflexiones [,] relatos [ni] la aventura propiamente dicha” (pág. 12). Así que el libro, la reflexión, la aventura de *relatar* sus últimos días, empieza allí, antes del “Primer tranco”. Cinco meses después, Espinosa falleció en Bogotá, donde murió y donde permanecía recluido en casa escribiendo, las más de las veces dic-

tando, leyendo, escuchando música, recibiendo ocasionales visitas, viendo películas o programas de televisión y pastoreando el dolor. El “Tercer tranco” es el más corto, y formalmente podríamos observar que termina en punta, si en realidad hubiera algún plan temático o expositivo. Pero no lo hay. Así que los trancos, que parecían proponer un orden a lo que el autor llama, también en la “Introducción”, “mero cuaderno de apuntes”, son más parcelas respiratorias, y de paso parcelaciones de un tiempo que se cuenta en reversa, con la casi plena conciencia de que alguno de los trancos, si no es el primero ya, será terminado por la propia muerte. Así parece haberse cumplido; y volviendo al último, ni tan en punta: una página antes del final, el autor cierra con un “Amén” el que viene a constituirse en el apartado —nota, apunte, reflexión, memoria, glosa, *relato*— más extenso de todo el libro, como si por meses hubiese vacilado en escribirlo y al final, ante la inminencia de su fin, decidiera ofrecerlo “al público” —a “algún guionista”—: se trata de un resumen, muy bien *jalado*, de la novela que ya no escribirá, ahora lo sabe:

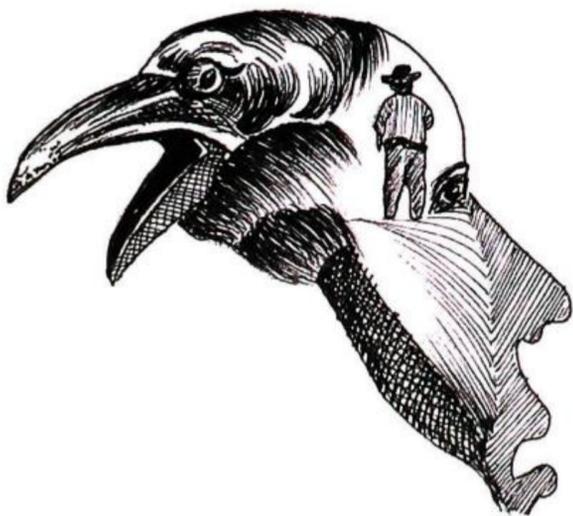
[...] pues sigo alimentando la idea de escribir la novela que, en este mismo libro, planteé un poco atrás. Ahora veo que la ley de probabilidades se inclina a indicar que, debido a mi mala salud, no voy a conseguirlo nunca. Por ello me he decidido a presentar en síntesis su argumento, en la esperanza de que alguien me ayude a convertirlo por lo menos en un guión de cine. [pág. 208].

Curiosa esperanza de este animal literario: el apartado se titula “Una película improbable”: ¿por qué esperar que el “argumento” sea convertido en película —pasando por guion de película— y no en la novela que justamente él habría escrito, ya concebida? Imaginar que “alguien” toma el argumento (que por cierto es de una riqueza histórico-ficcional maravillosa) para escribir *su* novela resulta un poco doloroso;

diríamos que injusto con Espinosa, y no faltarían quienes vieran en ello una modalidad de plagio (aunque entre un argumento y una novela hay mucho trecho). El propio Germán no quiso, dolorosamente, imaginarlo. Al escribir este apartado de su último libro, tuvo más bien la “esperanza” (“improbable”) de que la posteridad le recompensara tanto sacrificio, tanta vida consagrada a la literatura, con una película “con tales desarrollos argumentales [que] sólo podría ser financiada por Estados Unidos o por Europa [,] con miras a una improbable superproducción” (pág. 212). Y “Amén” (pág. 213). Ojalá “alguien” retome “la idea” y le dé a Espinosa todos los créditos del caso. Yo digo que se lo merece (no importa de qué clase de “recompensa” estemos hablando). Pero además este libro, pensado como libro, fue concebido y escrito —y no quiero cebarme en la frivolidad de su propuesta y desarrollo— con ese propósito: descargos, venganzas, reivindicaciones, para que la figura del escritor íntegro (en todos los sentidos) sea algún día puesta en su lugar por la posteridad.

En efecto, en *Herejías y ortodoxias*, a despecho de su fragmentariedad, brevedad e incluso superficialidad, están presentes todas las dimensiones del escritor que era Germán Espinosa: el novelista, el cuentista, el poeta, el memorialista, el (auto)biógrafo, el polemista y, sobre todo, el ensayista. Recuerdo que en su primer y excelente libro de ensayos, *La liebre en la luna*, Espinosa abría con una referencia a una suerte de (¿falsa?) modestia profesional de Voltaire, uno de sus autores de cabecera (e incluso personaje de una de sus novelas), la del consejo a todo pensador de considerar la posibilidad de estar equivocándose. Esa consideración, en general, no parece ser la norma de oro del escritor Espinosa, pese a constantes y retóricas expresiones de humildad y relativismo. Pero esa obsesión con el tema de la humildad literaria tal vez tenga mucho que ver con lo que Espinosa veía como sus “herejías y ortodoxias”, más bien

herejías y ortodoxias respecto de su propio mundo literario e intelectual, convertido en columna vertebral, en institución. Y al poner aquí la palabra “institución” quiero más bien sacar el dedo de la llaga (más bien que ponerlo) de nuestro autor y animal literario. Quien dedique su vida, honestamente, a la literatura, sabe que se trata de una dedicación que entraña una suerte de exclusividad, y ello implica una inmersión en el tiempo del solitario, el tiempo íntimo, el del diálogo con los libros, con las ideas, con el arte, con las tradiciones, con las palabras —que son tan seductoras y tiránicas—. Pero quizá este mismo animal literario podrá percibir que la *obra* literaria, una vez existente, reclama un puesto en el mundo. Su incómoda, su inadecuada existencia, incomprendida, ultrajada, ninguneada, ignorada, se ha convertido en la preocupación de estas páginas de Germán Espinosa, como si su obra de cerca de cuarenta libros fuese aún una deuda no saldada, una estatua que busca reacomodo, relocalización y, ante todo..., pide justicia. Justicia y comprensión ante la muerte inminente. Y nótese, como adición, que la obra no es solamente la obra ya escrita (y publicada), sino que incluso Espinosa se atreve a pensar en su obra no escrita: la de la “película improbable”.



Deudas no saldadas, venganzas aún no cumplidas, descargos, contraataques, justificaciones, reinterpretaciones de su propia obra en pos de dejarla al fin en el puesto que le corresponde. Todo ello pasa por

las páginas de este libro a modo de breves anotaciones, rara vez dedicando más de dos párrafos al objeto de la precisión. Por supuesto, también están los temas, distintos de la propia obra, que se van enlazando en el universo de intereses intelectuales y literarios del autor, y es significativo ver cómo constituyen un mapa de obsesiones (que también podríamos rastrear en la obra). Pero el eje de *Herejías y ortodoxias*, en tanto libro de memorias definitivas y en tanto diario íntimo, es más el ajuste debido de cuentas en función de la restitución de la obra y la figura misma del autor. Es de lamentar que en este sentido Espinosa desperdicie tantas páginas en peleas estériles y extemporáneas, en triviales vindictas, como los mil y un desquites contra “Eduardo Obeso” (así ficcionalizado en *Aitana*), el crítico y profesor universitario que lo habría zaherido algunas veces, y cuya identidad se hace tanto más evidente cuanto más la disfraza, y al final, incluso, con ingenua alusión, la refiere a otros que han querido descubrirla, como si fuesen ellos los “perversos”: “En forma asaz perversa, un joven escritor me pregunta si ese personaje Eduardo Obeso [...] en la vida real no comparte su nombre de pila y su apellido con los que ostenta el aeropuerto de Manaos. [No] tengo conocimiento de cómo habrá sido bautizado el aeropuerto de Manaos” (pág. 198). Poco sutil “silencio ético”. Claro, en general Espinosa se calla el nombre de sus “enemigos”, que siempre parecen molinos de viento, o, como diría Borges, opinadores que no merecen refutación: la periodista que fue a entrevistarle a propósito de la publicación a comienzos de los noventa de *La lluvia en el rastrojo* y empezó por preguntarle si había publicado antes algún libro; o el escritorzuelo de provincia que fue obligado por Arturo Camacho Ramírez a llamar a Espinosa por teléfono como desagravio por haber hablado mal de él en presencia del poeta; o el otro profesor universitario, de tendencia marxista (éste sí con nombre propio y también nominado “Doctor Cabezo-

ta”), que insistía una y otra vez en mostrar los errores de una edición de *La tejedora de coronas*, a pesar de que el propio Espinosa le había aclarado que los errores no eran originales suyos, y que fue el mismo que escribió una tesis para sostener que “mi obra en su conjunto... ¡se escribió para respaldar las ideas políticas de Alfonso López Michelsen!” (pág. 136); o el amigo de una amiga (hasta ahí fue la amistad) que se atrevió, en una visita al “escritor moribundo”, a mencionar su falta de “éxito” en las ventas como razón de que le molestara que se publicaran resúmenes de su obra (como no les molesta a los autores muy reconocidos); en general todos los críticos obtusos que quisieron ver debilidades e incongruencias en su obra; los “colegas de generación [que] pusieron más en solfa” (pág. 141) relatos cortos como “La orgía” y “La noche de la Trapa”; el poeta Rómulo Bustos, que le mandó a decir que “se deje de andar posando de genio en todas partes. Que uno o dos de sus libros pueden valer algo, pero todo lo demás que ha escrito es muy malo” (pág. 16); o el otro reseñista que se refirió a *Los oficios y los años* diciendo que Espinosa mencionaba en sus artículos de periódico muchos “personajes importantes” para vanagloriarse de que los conocía, cuando Espinosa demuestra ahora que fue él más bien quien hizo el favor a muchos de ellos de mencionarlos en sus textos cuando nadie los conocía; o el periodista y en general el medio que declararon que “el autor de *Cien años de soledad* era el único colombiano con derecho a la inmortalidad” (pág. 48); todos los lectores que manifestaron reparos (todos impertinentes) a sus obras: que algunos de sus cuentos “parecen más bien meros recuerdos, o bien anécdotas sacadas de noticias de periódico” (pág. 75), que mueren demasiadas personas en sus “argumentos”, que salta fácilmente de lo realista a lo fantástico, etc...; los europeos que aún nos creen “realistas mágicos” y dignos herederos de las culturas prehispánicas, incivilizados, bárbaros y antropófagos; los Estados Unidos, el

mayor Canibal, Calibán, en la referencia arielina de Rodó; enemigos que son hasta los que rumorean cerca de él y en lo personal: que sus hijos lo han abandonado, que Josefina fue esto y aquello; y, por supuesto, también el “médico bisoño” que en diciembre de 2004 le ordenó una cirugía innecesaria que a la postre determinaría el mal definitivo que lo va llevando a la muerte en medio de dolores inenarrables. Al final, en todo caso, se trata de mostrar cómo él tenía razón, pero también cómo el odio y el resentimiento no lo abandonan, y entre otras cosas porque las páginas tienen el dolor como trasfondo, un dolor físico y sin tregua. Al referirse al “interrogatorio encarnizado” que le sostenía en un congreso de colombianistas el profesor Cristo Rafael Figueroa (que, de paso, es un alma de Dios...), Espinosa deja bien claro el carácter de todas estas vindictas: “Las heridas que se nos han inferido parece que resucitaran de tiempo en tiempo y sospecho que la razón de tal fenómeno estriba en que, por haber procedido de injusticias, el radio de su acción sigue siendo infinito. Nunca dejaré en mi fuero interno de inquirir, pues, en las razones que pudieron concurrir para ataques tan malignos como sufrí en otros tiempos (y sufro todavía) de parte de malquerientes gratuitos” (pág. 55). Y mucho más adelante, reflexionando sobre su camino a la misantropía, y a propósito de todos esos “malquerientes”, recuerda que su padre

[...] citaba a algún versificador de nombre ignoto que, según él, escribió alguna vez: ‘Esta gente tan baldía, / siervos de la necesidad, / estorban la soledad / y no facen compañía’. ¿Habré llegado yo, de buenas a primeras, a estos extremos de misantropía nada, nada excusable? ¿Podría llegar a ser creíble que desestimara una conversación con Roca, que no añorase ya aquellas pláticas de los sábados, al calor de whiskies rituales, con Moreno-Durán? [pág. 110]

Sus amigos sí declarados y sobrevivientes, por ejemplo el poeta Juan

Manuel Roca y el narrador Óscar Collazos, podrían testimoniar en su homenaje sobre el valor y la estatura de dicha misantropía. Alias humildad, vanidad, odio, soberbia como nombres del talento literario.



No sorprende entonces que el autor no haya dejado de incluir la referencia a una encuesta de alguna revista sobre la función del odio en la literatura, y por supuesto encontrando y ejemplificando sus posibilidades positivas. Sorprende en cambio que a continuación haga su declaración de amor por *Poeta en Nueva York* de Lorca, sin vincularlo con el tema anterior, cuando el poemario del andaluz es uno de los libros más amargos y reconcentrados en el motivo del odio universal (superior en ello al propio *Residencia en la tierra* y hasta a *La tierra baldía*, otra joyita poética de declaración de odio a la humanidad y de amor por sus ruinas).

Conmueve también, en el sentido de todo lo anterior, la necesidad de declararse frente a la eutanasia con estas palabras, claro, ya a la altura del tercer tranco:

Si [esta] posibilidad me fuese planteada *en el día de hoy*, no autorizaría la eutanasia en *mi caso*, por dos razones: la primera, porque me es posible todavía justificar mi existencia, por la posibilidad de escribir; la segunda y principal, porque hay espe-

ranza aún de sacarme del sumidero en que me encuentro. Creo de resto que, si la segunda se aboliera, la primera dejaría de tener validez. [pág. 197; cursivas originales].

Pero tal vez habría que notar que entonces esta *escritura terminal*, por usar más bien un eufemismo, comporta su propia esperanza, y en especial si atendemos al tema religioso, nada desdeñable para Espinosa, y al título mismo que se ha escogido. A lo largo de las múltiples reflexiones, evocaciones y entradas enciclopédicas asistimos una y otra vez a la declaración de su fe en Dios (la idea que más le gusta es la del “Arquitecto del Universo”) y a su fe irrestricta en la espiritualidad como única dimensión verdadera de la humanidad (contra toda miseria de su condición: perversidad, mezquindad, crueldad, injusticia). Pero lo que Espinosa entiende por espiritualidad está claramente dado por lo que para él son los contenidos y las realizaciones del arte, la literatura y la cultura. Una religiosidad laica que entonces él prefiere llamar “espiritualidad” a secas, aunque su sentido esté más cerca del principio de placer avalado por epicúreos y estoicos que del cinismo penitente de los seguidores de Diógenes el Perro. Y escribe: “Caminos promisorios sólo puede abrir al ser humano la vía espiritual, siempre y cuando se desembarace de coyundas religiosas” (pág. 137). Me atrevo a pensar que nuestro escritor y mártir escribió casi hasta el final, en la medida en que las dolencias físicas se lo permitieron antes de incapacitarlo del todo, y en especial a su mente. O que la literatura misma le dio la “buena muerte” que *tutta una vita onora*, según el verso de Petrarca que tanto aman los sibaritas.

Y helo ahí haciendo uso de esas extensiones de la propia escritura que son los libros y las enciclopedias. Haciendo uso de su manual de cultura general. Moviéndose con propiedad en mil y un escenarios de la historia y sus mil y una (y más) lecturas literarias. Entrando también y sin vergüenza en los terrenos del

especialista para hablar de física, de astronomía, de psicología y psiquiatría, de teología y matemáticas. No es tiempo, claro, de darnos fuentes y de declarar al lector qué libros está leyendo y lo proveen de información y de motivos polémicos. El talante de este libro supone entender —y lo vemos— al autor como un hombre de libros al final de su camino, como un hombre que lleva en sí, aún, en su cabeza y en su alma, todos los libros, todas las lecturas, todas las escrituras y todos los diálogos que lo penetraron durante su vida de animal literario.



En alguna ocasión, en este mismo Boletín, manifesté que Espinosa era un escritor decimonónico, cosa que debió molestarle pese a que yo lo decía más en función valorativa que descalificatoria. Espinosa será siempre reconocido por su lenguaje bizarro, retórico y ultraelaborado en lo sintáctico, un lenguaje que se inspira de hecho en la revolución y la marginalidad de la obra leogreiffiana, una figura que fue capital en la formación del cartagenero en momentos en que había que romper los moldes de la rimbombancia huera y el fraudulento discurso oratorio. “Morir en su ley” aquí significa ver cómo el escritor reconcentra en sus últimas escrituras no sólo las distintas dimensiones literarias en que se desarrolló su talento (aquí narra, hace crítica, esto es, ensaya, hace memoria personal y diario íntimo, crónica, polémica, sin olvidar dialogar en todo momento con la poesía), sino que además insiste con minuciosidad y esmero en su propio lenguaje, en su “estilo”, digamos, lleno de palabras de

improbable empleo conversacional, de frases castizas y arcaicas, de léxico bizarro, pungente y a veces de maravillosa precisión, y, claro, como ocurre siempre en el gran ensayista, de indeclinable “voluntad de estilo” (como decía Marichal), de denodada y voluntariosa presencia autoral (y autoritaria) en cada una de sus líneas.

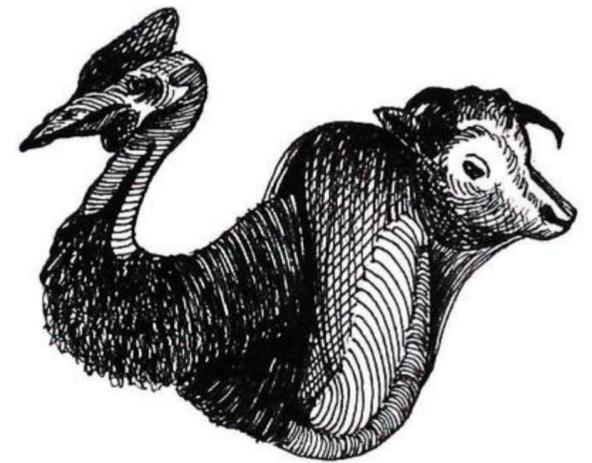
ÓSCAR TORRES DUQUE

## Adiós a las solemnidades

### Adiós a los próceres

Pablo Montoya Campuzano  
Grijalbo, Bogotá, 2010, 166 págs.

Levantar una bibliografía sobre el tema de la independencia de nuestro país sería una gesta tan heroica, accidentada y defraudante como las que se narran en esas historias interminables en las que los próceres de la patria son seres más próximos a la divinidad que a los avatares propios de falibles mortales. Pasando por aquellas epopeyas elementales y floridas que nos inculcaron desde muy temprano en nuestra primaria y secundaria (ilustradas con nuestros “geniales” dibujos que copiaban las risibles —hoy risibles— imágenes de los adustos señores de enormes patillas, bigotitos, pelo engominado, peinado hacia adelante y flamantes charreteras con flecos que eran una delicia para dibujar), hasta las enciclopédicas e “investigadas” que pululan por doquier a manos de profesores, historiadores, escritores de oficio y académicos de pura cepa, pero que, en últimas, en su inmensa mayoría, dicen lo mismo, es decir, nos cuentan la historia de mártires, héroes y próceres que “dieron la vida por la patria”. Esa última frase es ya una suerte de *mantra* con el que se han pretendido simplificar y aliviar todas nuestras penas y desdichas, como en



El libro *Adiós a los próceres* de Pablo Montoya Campuzano es, tal vez, el último (salió en diciembre) título de los varios que se publicaron en 2010 con motivo de los doscientos años de la Independencia, aunque sea apenas uno más de los muchos que se leen con tan socorrido tema. Pero es, sin duda, el más singular por el punto de vista que asumió el autor, lejos de cualquier compromiso: ni académico, ni patriótico, ni erudito, ni pretendidamente fidedigno. Más bien, puede tildarse de imaginativo, sarcástico, irreverente y mordaz. “Vacío e irrisión” dice el autor que encontró en el largo recorrido de lecturas y pesquisas por los intrínquilis y personajes patrios para llegar a este grupo de veintitrés nombres que, de Nariño a Morillo, componen un conjunto en el que prima el certero conocimiento de sus vidas, aventuras y peripecias, pero, ante todo, prima la